VALORES SEMÁNTICOS DEL PRONOMBRE REFLEXIVO EN EL ESPAÑOL MODERNO

En esta comunicación mi propósito es el de esbozar una clasificación del nutrido número de casos en los cuales el reflexivo, coincidiendo no pocas veces con el dativo ético o de interés, se utiliza para intensificar, o bien modificar, e incluso cambiar materialmente el sentido del verbo al cual va adscrito. Esta función del reflexivo, aunque conocida, no suele recibir toda la atención que merece, y lo que me propongo es poner de relieve no sólo el fenómeno en sí, sino también la gran extensión que ha adquirido en el español moderno.

Como ejemplo preliminar del tipo de verbo que vamos a comentar consideremos el caso de *serse*, sobre el cual Miguel de Unamuno se pronuncia de la siguiente forma: «...dice Sancho: '...Yo de mío me soy pacífico...' *Ser* no es lo mismo que *serse*. Un animal, aunque sea humano, es; una persona se es. *Serse* es propio de la personalidad.»

Inevitablemente, tratándose de tan sutil caso, Unamuno no consigue mayor concreción de la diferencia entre las dos formas que la de hablar del concepto de la personalidad: el empleo de *serse* representa un hacer hincapié en dicho concepto. Ahora bien, como acabamos de decir, trátase de un ejemplo que, por su misma naturaleza, resulta especialmente sutil y difícil de analizar, y, aunque es cierto que también en el caso de la mayoría de los verbos que a continuación van a citarse cabe hablar, con pareja nebulosidad, de una especie de reforzamiento del concepto de la personalidad, por otra parte, es posible en muchísimos de estos casos llegar a una concreción notablemente mayor.

Para irnos situando, veamos a modo de introducción una serie de ejemplos fundamentales del *se* de dativo ético:

a) Buscarse la vida; *captarse* los ánimos; *granjearse* **simpatías;** *ganarse* un triunfo; *marcarse* un tanto.

b) Comprarse o *mercarse* una cosa; *agenciarse* o *gestionarse* una cosa; *pescarse* una cosa, como en: «...al llevar la carretera en semejante dirección, ya sabrían los ingenieros lo que *se pescaban*» (Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa).*

c) *Asimilarse* unos conocimientos; *apropiarse* una cosa; *sorberse* una cosa; *arrogarse* un derecho; *cogerse* un asiento; *tomarse* la molestia de:

elegirse una cosa; *pedirse* una cosa, como en la frase infantil *yo me pido el azul, el verde*, etcétera.

d) *Ahorrarse* trabajo; *evitarse* latas; *sacudirse* a una persona, o *sacudirse* una cosa, como en: «por fin *pude sacudirme a ese pelmazo*», o en «...si España es buena, nada se da que esté mala, pues ya *se sacudirá el estado* para rehacerse en comunidad» (Unamuno, *Paisajes del alma)*.

Y, para terminar, tres ejemplos literarios misceláneos:

«El esfuerzo que Cela habrá tenido que emplear para escribir semejante libro debe haber sido suficiente para hacer sudar a una columna, tanto si su lenguaje *se lo ha tenido que inventar* el autor, si ha tenido que aprenderlo en libros o de la misma boca de las gentes del país» (Alborg, *Hora actual de la novela española)*.

«...yo estaba seguro que Ninette *se tramaba algo* y que no se resignaba a ser una casadita a la española...» (Mihura, «*Ninette*», *Modas de París)*.

«Quevedo *se elaboraba los enemigos a brazo*» (Dámaso Alonso, conferencia).

Y ahora podemos entrar plenamente en materia pasando al

SE de intensificación.

En esta categoría veamos primero unos ejemplos de tipo muy general, como son: *contarse* (¿qué te cuentas?), *decirse* (yo sé lo que me digo) y *hacerse* (yo sé lo que me hago).

Otro caso parecido es el del ya citado *serse*, como en el dicho de *mientras en mi casa estoy, rey me soy*, o en el siguiente trozo sacado de *Fortunata y Jacinta*, de Galdós:

«Total, que tuvieron una fuerte pelotera y desde entonces no se hablaban tía y sobrino, y éste se había ido a vivir con una querida. ¡Y viva la moralidad! ¡Y *tradicionalista me soy!*»

Pasemos a continuación a considerar otros casos, en los cuales la intensificación toma ya un sesgo más concreto, o bien: *a)* de profundidad, o bien *b)* de sufrimiento y de esfuerzo exhaustivo, o bien *c)* de goce:

a) Así resulta que *saberse* equivale a «saber a fondo, saber muy bien», como en: saberse de memoria una cosa, saberse al dedillo una cosa, saberse de corrido una cosa, como en la frase: sabérselas todas, y como en esta cita de *La dama errante* de Baroja:

«—Y ¿de dónde sabe usted que somos ricos? —preguntó el doctor.

»*Yo me lo sé*; sé, además, que es usted médico y que va usted huyendo.»

Muy gráfico resulta el ejemplo siguiente tomado de *Un millón de muertos*, de Gironella:

«La victoria del general Mola desató en toda la zona nacional una explosión de entusiasmo. Queipo de Llano dijo por la radio: 'Les dimos una patada en un lugar *que yo me sé*'.»

Del mismo signo son *aprenderse* (aprenderse de memoria una cosa) y los verbos afines *estudiarse*, *empollarse*, *embotellarse* (estudiarse una asignatura, etc.).

Compárense *merecerse algo*, *tenerse (bien) merecida* o *ganada una cosa*, *tenerse la culpa*.

Compárese *vivirse*, equivalente a vivir con intensidad o con plenitud, hasta el máximo o hasta el final, como en el ejemplo siguiente: los privilegiados *se viven la vida*; los demás la viven nada más, o en esta cita de *La caza* de Ortega:

> «Las vidas inactuales, las vidas del pasado, no son vida en el propio sentido de la palabra: son cuentos que nos cuentan sobre vidas que fueron; que fueron para los que tuvieron que *vivírselas*; como nosotros la nuestra.»

b) En este apartado tomemos como primer ejemplo *andarse*, equivalente a «andar exhaustivamente y dándose plena cuenta de las penalidades del viaje», matiz que se pone de relieve en frases como: «aquel día el peregrino *se anduvo* mucho camino».

Constituyen variantes de este mismo tema semántico los verbos *caminarse*, *patearse*, *recorrerse*, *viajarse*, *navegarse*, *hacerse*, como en las frases siguientes: «es mucho pueblo para *recorrérselo* entero en un solo día»; «*se ha navegado todos los mares del mundo*», o en esta cita del *Primer viaje andaluz* de Cela:

> «...*patearse Soria y Burgos* para salir a Palencia y al reino de León; *hacerse Madrid y La Mancha*...; *caminarse las cuatro o cinco Andalucías*; ...*andarse el rubio y misterioso Aragón*... sería, a no dudarlo, un bello experimento.»

Otro verbo que suele comportar igual signo de esfuerzo penoso es *leerse*, como se evidencia en una frase del tipo de *me vi obligado a leerme el tomo entero*.

Sin embargo, tanto *leerse* como los antes citados *recorrerse* y *viajarse* pueden darse, si bien menos a menudo, con un sentido favorable, y son, por lo tanto, de tipo ambivalente.

c) Ya dentro de este apartado, nos encontramos con una extensa serie de verbos cuya forma reflexiva casi siempre entraña una idea de fruición. Tales son *conocerse*, *oírse* y *verse:* «se propuso *conocerse todos los sitios más elegantes de la Costa Azul*»; «aquí puedes pasarte la tarde *oyéndote una música preciosa*» «en este cine *te ves un programa doble* por dos duros».

Especialmente notable es el grupo de los verbos de *consumir*, integrado no sólo por los conocidos *beberse* («se bebió la botella entera») y *comerse* («se come lo que le echen»), sino también por la amplia gama de *desayunarse*, *merendarse*, *cenarse*, *tragarse*, *tomarse*, *fumarse* y *gastarse*. Véanse estos ejemplos de *tomarse* y *gastarse:*

> «...el viajero y su amigo se van a un café a *tomarse un vermú*» (Cela, *Viaje a la Alcarria*).
>
> «—Tu mujer, tus hijos, nunca te ven... *Te gastas lo que ganas* con mujerzuelas y en los garitos... Te pasas la vida mintiendo y engañando...» (Buero Vallejo, *Un soñador para un pueblo*).

Resultan muy sugestivos los empleos figurados:

> «Pues como viera los alumnos de la Escuela Pía, con su uniforme galonado y sus guantes, tan limpios y bien puestos, que parecían caballeros chiquititos, *se los comía* con los ojos» (Galdós, *Fortunata y Jacinta*).
>
> **«Paco—Vienen muy entrenados los daneses. Y con una delantera fantástica.**
>
> Sabas.—¡Bah!
>
> Paco.—Los nuestros van a tener que echar el resto.
>
> Sabas.—*Se los comerán vivos.*
>
> Paco —¿A los daneses?
>
> Sabas.—¡Ahora mismo *se los están merendando*, idiota! ¡Con Fiscovich y con Borelli nos sobra a los españoles para destrozarlos!» (Buero Vallejo, *Hoy es fiesta*).
>
> «...la niña busca luz en los libros, lee incansablemente y *se traga la biblioteca del padre... Se traga el Quijote*, y lo entiende, y gusta de él» (Bravo-Villasante, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*).
>
> «¡A la mar, *aunque el tabaco se lo fumasen los tiburones!* Todo era preferible a que aquellos ladrones de guardacostas se hicieran dueños de lo que no era suyo» (Blasco Ibáñez, *Flor de mayo*).

En segundo lugar consideremos el

SE de volición.

En esta categoría, nos encontramos ante una serie de casos en los cuales el *se* viene a añadir al sentido del verbo un elemento de volición de signo peyorativo.

Con frecuencia, dicho signo se traduce en un concepto de acción indebida, excesiva o indeseable, o de una imposición por la fuerza. Ejemplos serán: *saltarse* («saltarse los mandamientos de la ley de Dios», «saltarse algo a la torera»), *aprovecharse* («aprovecharse de la ingenuidad de alguien»), *cobrarse* («me hizo un favor, pero se lo ha cobrado con creces»), *adelantarse* («cuando estábamos distraídos, se nos adelantó») y *entrarse*, como en las siguientes citas:

> «...si echa usted a Primitivo por la puerta, *se nos entrará por la ventana*. ¡Diantre! ¡Si sabré yo quién es Primitivo!» (Pardo Bazán, *Los pazos de Ulloa*).
>
> «...hagámonos cargo de lo que significó para Lope de Vega que un buen día *se le entrase por las puertas aquel capitanazo*, saco viviente de aventuras sin número, de cuentos sin cuento» (Ortega y Gasset, Prólogo a *Aventuras del capitán Alonso de Contreras*).

Especialmente notable, dentro de esta categoría, es el verbo *salirse*, cuyas manifestaciones son múltiples: «los corderos se han salido del prado»; «el coche se salió totalmente de la carretera»; «se le querían salir los sollozos»; «salirse con la suya»; «salirse del tema»; «salirse de los límites»; «salirse de sus cauces»; «salirse de madre».

En casos como *se salen los clavos*, *salirse* guarda estrecha relación con otros dos verbos: *subirse* y *bajarse* como en «este jersey se me sube»; «el vino se le subió a la cabeza»; «se me han bajado los calcetines».

Por último, dentro de esta sección, citemos dos verbos cuya forma reflexiva suele expresar un marcado sentido de error o equivocación: *creerse* y *pensarse*. Ejemplos serán: «creyéndonos (pensándonos) que ya lo sabría todo, no se lo dijimos»; «ten cuidado, que a lo mejor el pobre chico se cree (se piensa) algo»; «¡que te crees tú eso!»; «¿qué se ha creído usted?»; ¿«quién se ha creído usted que es?»; Y estas dos citas:

> «La mujer habla como disculpándose: *se debe creer que* en su casa ha entrado un duque» (Cela, *Viaje a la Alcarria*).

«J.: Pues mire usted: si *se ha llegado a creer que*, porque tuvimos unas tonterías de chiquillos, ya no me va a gustar a mí ningún otro hombre, se equivoca en más de la mitad» (S. y J. Álvarez Quintero, *Puebla de las mujeres*).

En tercer y último lugar pretendemos tratar una modalidad del reflexivo, al cual le damos la denominación de

SE de concreción o de limitación, de modificación o de cambio de sentido.

Es en este orden en el que se pone de manifiesto de manera más acusada la fuerza semántica que es capaz de desarrollar el reflexivo.

Veamos como ejemplos del *se* de concreción o de limitación los verbos *esperarse* (contar con), *estarse* (quedar, quedarse) y *aparecerse* (presentarse en visión milagrosa o fantasmal). Citas ilustrativas serán:

—«Pero, francamente, este bajoncito *no me lo esperaba* yo todavía» (Galdós, *Fortunata y Jacinta*).

«...en Aragón, Castilla, Extremadura, Andalucía.... si cae una casa, allí se queda; si se inutiliza un camino *así se está*» (Azorín, *Lecturas españolas*).

«—Porque *el Ángel se me apareció*, ordenándome ir con los pastores que tienen sus ganados por los contornos del santuario» (Valle-Inclán, *Gerifaltes de antaño*).

«—*No quiero que se me aparezca el espectro de Domiciano*» **(Valle-Inclán, *Tirano Banderas*).**

Ya dentro del terreno de la modificación o del cambio de sentido, desempeña a veces un papel importante el elemento figurado. Tal sucede en el caso de *temerse*, *olerse* (figurarse, sospechar), de *ocurrirse* (venirse a las mientes) y de *perderse* (desaprovechar, dejar de disfrutar), como en:

«¿Son muchos los españoles que hayan llegado a hacerse cargo de cuál es la verdadera realidad histórica de tales movimientos? *Me temo que no*» (Ortega y Gasset, *España invertebrada*).

«A lo primero, se inclinaban por ocultar al fugitivo en el ventorro... Luego apuntó el vejete sus dudas, recapacitando el compromiso que aquello le suponía *si llegaba a olérselo la Pareja*» (Valle-Inclán, *¡Viva mi dueño!*).

«*Se le ocurren ideas muy extrañas.*»

«No sabes *lo que te pierdes*.»

Veamos, por fin, una serie de verbos en cuya forma reflexiva el cambio de sentido resulta especialmente notable: *crecerse* (envalentonarse, ponerse chulo; o bien, adquirir mayor fuerza, valor o nobleza), como en estas citas de *Flor de mayo* de Blasco Ibáñez:

> «Era una locura que las mujeres riñesen por un hombre. Eso es lo que querían los muy granujas, que riñesen las hembras por ellos *para crecerse* y hacer su santa voluntad.»
>
> «... el Rector no atendía razones. ¡...y *cómo se crecía en el peligro!* Su ancha cara de cura sonría a los golpes de mar más furiosos.»

correrse (moverse, hacerse a un lado; salirse, desbordarse; pasarse, excederse; avergonzarse, ruborizarse), como en: «córrete un poco para dejarme sitio a mí»; «se está corriendo la cera de la vela»; «vayamos a que te corras y digas alguna barbaridad»; «ante tanto elogio, el pobre chico se corrió.»

llegarse (acercarse), como en esta cita de *Meditaciones del Quijote* de Ortega:

> «Mas el pasado épico huye de todo presente, y *cuando queremos con la reminiscencia llegarnos hasta él*, se aleja de nosotros...»

debatirse (luchar), como en: «se debate entre sus limitaciones y sus aspiraciones.»

dormirse (quedarse dormido; o bien, dormir demasiado tiempo), como en: «al poco rato de acostarse, se durmió»; «por haberse dormido esta mañana, ha llegado tarde a todo.»

enajenarse (alejar ofendiendo), como en: «enajenarse el afecto de una persona».

jugarse (exponer, arriesgar), como en: «jugarse la vida», o en esta cita de *Tirano Banderas* de Valle-Inclán:

> «—...llegué a significarle que se exponía a un serio conflicto con la Colonia. Que *acaso se jugaba la carrera*».

lloverse (hacer agua), como en: «se llueve el tejado».

vencerse (inclinarse), como en: «la mesa se vence de este lado».

ANTHONY GOOCH, L. S. E.

Universidad de Londres